



d i a r i o d e u n l o c o  
N i k o l a i G Ó G O L

MALDOROR



NIKOLAI GÓGOL

**DIARIO DE UN LOCO**

Traducción:  
Jorge Segovia y Violetta Beck

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

*Zapiski sumasshedshego*

© Primera edición: 2009

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-93-7

MALDOROR ediciones, 2009  
maldoror\_ediciones@hotmail.com  
www.maldororediciones.eu

# *DIARIO DE UN LOCO*



A. P. Jones

1870

Y. Podmyda  
V.C. Jones

## DIARIO DE UN LOCO

*3 de octubre*

Hoy ocurrió algo extraordinario. Me levanté tarde esta mañana y cuando Mavra me trajo las botas relucientes, le pregunté qué hora era. Al oír que ya eran más de las diez, me di prisa en vestirme. Debo confesar que a punto estuve de no ir al ministerio, previendo la cara de malquisto que me pondría el jefe del despacho.

Hace tiempo que viene diciéndome: "¿Pero dónde tienes la cabeza, amigo mío? A veces andas tan azacanado y embrollas los expedientes hasta tal punto que ni el mismo diablo sabría qué hacer con ellos. Olvidas poner las mayúsculas en el título y no indicas ni la fecha, ni el número."

¡Maldito cuervo! Seguro que me tiene envidia, porque me ve instalado en el despacho del director, donde corto las plumas de ave para Su Excelencia.

En una palabra, que no iría al ministerio si no fuese por la esperanza que tenía de ver al cajero y arrancarle a ese judío un anticipo sobre mi sueldo. ¡Menudo tipejo es este también! ¡No hay modo de sacarle por adelantado el dinero del mes! ¡Ni soñarlo! Nos haría esperar hasta el día del Juicio final. Ya podéis implorarle, reventar si queréis o comeros de miseria, que ese viejo macaco no os dará nada. Y, no obstante, en su casa, hasta su propia cocinera le da de bofetadas: eso lo sabe todo el mundo.

Yo no veo las ventajas que puede ofrecer un ministerio: aquí se gana muy poco. ¡Ah! Pero en la administración provincial, en el tribunal de cuentas o en la tesorería, eso es otra cosa. ¡Observad si no a ese que garabatea, acurrucado en un rincón! Un tipo miserable, con una cara a la que os gustaría escupirle; ¡pero mirad la casa de campo que alquila! De poco servirá regalarle una taza de porcelana dorada para conseguir algo de él: “Ese –dirá– es un regalo bueno para un médico”. Hay que ofrecerle al menos un par de caballos, o un carruaje, o un abrigo de piel de castor de trescientos rublos. Acaso sea de aspecto humilde y hable con voz delicada: “¿Tendría la amabilidad de prestarme su cortaplumas para afilar esta pluma?” Y, para acabar, sería capaz de despojar a un solicitante hasta de la camisa.

Es cierto, por otra parte, que nuestros despachos son más adecuados; reina en ellos una limpieza que la administración provincial no conocerá jamás; las mesas son de caoba y todos los jefes le tratan a uno de *usted*. Sí, debo confesar que si no

fuera por ese tono educado, hace ya mucho tiempo que hubiese abandonado el ministerio.

Me puse mi viejo abrigo y cogí el paraguas, pues llovía a cántaros. No se veía a nadie por las calles, a excepción de algunas campesinas que se protegían de la lluvia con las faldas sobre la cabeza y algún que otro comerciante ruso, con paraguas, y recaderos de despacho. De clase noble, sólo vi a uno, un funcionario como yo. Lo atisbé en un cruce, y, al punto me dije: "¡Ah!, ¡ah! No, amigo mío, tú no vas al ministerio, tú vas mirándole las piernas a esa muchacha que camina delante de ti."

¡Ah! ¡Qué pillos y canallas somos los funcionarios! En nada le vamos a la zaga a cualquier oficial: basta que pase cualquier chica, bien ataviada, para que se vayan tras ella.

Mientras pensaba en esto, vi que un carruaje se detenía a la puerta de la tienda ante la que yo pasaba. Lo reconocí enseguida: era el carruaje de nuestro director. "¿Pero qué necesidad tiene de ir a esa tienda? pensé. Sin embargo, era su hija." Me arriqué a la pared. El lacayo abrió la portezuela, y ella saltó del carruaje como un pajarillo. ¡Cómo miró a derecha e izquierda! ¡Cómo parpadeó! ¡Dios mío! Estoy perdido, completamente perdido.

¿Pero qué necesidad tiene ella de salir con un tiempo tan lluvioso? ¿Aún diréis que las mujeres no pierden la cabeza cuando se trata de trapos? No me reconoció; yo, a mi vez, intenté embozarme todo lo que pude en mi abrigo, pues estaba muy sucio y, además, pasado de moda: ahora se llevan abrigos de cuellos amplios, pero el mío está confeccionado con pequeños cuellos superpuestos; y por ende está deslustrado.

Al no poder entrar en la tienda, su perrita se quedó en la calle. Conozco a esa perrita. Se llama Medji. Apenas llevaba yo allí un minuto, cuando oí una vocecilla aguda: "Buenos días, Medji" ¡Menuda gracia! ¿Quién podía ser? Volví la cabeza y vi a dos damas que pasaban bajo un paraguas: una era vieja, y la otra joven. Pero ya habían pasado cuando de nuevo oí cerca de mí: "Eso no es muy amable por tu parte, Medji." ¿Quién diablos era? Entonces vi que Medji oliscaba a un cachorro que seguía a las damas. "¡Ah, ah! —me dije—. Basta de tonterías. ¿No estaré borracho, por casualidad? Aunque eso sólo me ocurre raramente." "No, Fidèle, te equivocas al creer eso"... y pude ver que era Medji quien decía esas palabras... "Estuve... iguau, guau!... estuve... iguau, guau!... muy enferma."

¡Ved esto! ¿Qué dirías vosotros? Confieso que me quedé maravillado al oírle hablar como un humano. Pero más tarde, tras pensarlo con detenimiento, la cosa dejó de sorprenderme. En efecto, ha habido ya en el mundo muchos casos como ése. Cuentan que en Inglaterra un pez salió del agua y dijo dos palabras en un idioma tan raro que los estudiosos llevan ya tres años quebrándose los sesos y aún no han logrado interpretarlo. También he leído en los periódicos que dos vacas entraron en una tienda y pidieron una libra de té.

Sin embargo, debo reconocer que quedé mucho más asombrado cuando Medji dijo: "Te escribí, Fidèle, pero por lo visto Polkan no te llevó la carta."

¡Que me parta el diablo! En mi vida oí decir aún que los perros puedan escribir. Sólo un noble puede

escribir correctamente. Es cierto que algunos tenderos, dependientes y hasta algún siervo se ponen en ocasiones a escribir algo. Pero la mayoría de las veces su escritura es mecánica: no ponen ni comas, ni puntos, ni tienen estilo.

Aquello me dejó estupefacto. Debo confesar que desde hace algún tiempo comienzo a oír y ver cosas que aún nadie ha visto ni oído jamás.

“Sigamos a esta perrita –me dije–. Me enteraré así de quién es, y qué piensa...” Abrí el paraguas y seguí a las dos damas. Atravesaron la calle Gorojovaia, torcieron en la Meschanskaia, después llegaron a la Stoliarnaia y, finalmente, cerca del puente Kokushkin, se detuvieron ante una casa grande.

Conozco esa casa. Es la casa de Zverkov. ¡Qué edificio! ¡Cuánta gente no vivirá allí!... ¡Tantas cocineras, tantos forasteros! Y en cuanto a los nuestros, a los funcionarios, están allí, unos contra otros, apretados como arenques. Incluso tengo ahí un amigo que toca muy bien la trompeta.

Las damas subieron al quinto piso. “Perfecto, me dije; ahora no iré más lejos, pues ya conozco el lugar, y a la primera ocasión me serviré de ello.”

#### *4 de octubre*

Hoy es miércoles, y, por lo tanto, estaba en el gabinete de trabajo del director. Llegué intencionadamente un poco más temprano y, tras sentarme, me ocupé en cortar todas las plumas.

Nuestro director es probablemente un hombre muy listo. En su despacho hay muchos estantes llenos de libros. Leí unos cuantos títulos: ¡qué erudición, qué sabiduría! Nosotros ni siquiera nos atreveríamos a codearnos con eso. Únicamente libros en alemán o en francés. ¡Y su cara, Dios mío! Qué importancia brilla en su mirada. Nunca le oí decir una palabra de más. Sólo a veces, cuando le pasan los documentos para firmar, pregunta: “¿Qué tiempo hace? – Húmedo, Excelencia.”

¡Ah! ¡Está muy por encima de nosotros! Es un verdadero estadista.

Quiero señalar sin embargo que me tiene una especial estima.

Si se pudiera decir lo mismo de su hija... ¡bah!, qué idea... ¡Nada, nada, a callar!

Leí *La Abeja* ¡Qué estúpidos son esos franceses! ¿Qué es lo que quieren? De verdad que me gustaría juntarlos a todos y darles estopa hasta cansarme. También leí una simpática descripción de un baile, hecha por un terrateniente de Kursk. Los terratenientes de Kursk suelen escribir bien.

De pronto, me di cuenta de que ya eran las doce y media y que nuestro jefe aún no había salido de su dormitorio. Pero a eso de la una y media sucedió algo que ninguna pluma podría describir.

Se abrió la puerta; creí que era el director y salté de la silla, con los papeles en la mano. Pero era ella, en persona. ¡Cielos! ¡Cómo vestía! El vestido que llevaba era de una blancura de cisne. ¡Oh, qué esplendor! Y cuando me miró, sus ojos fulguraron como el sol; sí, no exagero: fulguraron como el sol. Me saludó y dijo: “¿Y papá, no ha venido? ¡Ay, ay, ay,

qué voz! Como un canario, un verdadero canario.

“Excelencia –quise decirle–, no me condene a muerte, y si no obstante quiere ejecutarme, hágallo con su noble mano.” ¡Pero que me parta el diablo! Se me trabó la lengua, no sé cómo, y sólo pude decir: “No, Excelencia.”

Me miró, después miró los libros y dejó caer su pañuelo. Corrí a recogerlo, resbalé en el maldito parquet y a punto estuve de aplastarme la nariz; sin embargo, logré mantener el equilibrio y recogí el pañuelo.

¡Ángeles del cielo! ¡Qué pañuelo! ¡De batista, y de una delicadeza! ¡Como ámbar! Ámbar puro. Todo en él respiraba nobleza.

Me dio las gracias y esbozó una ligera sonrisa sin apenas mover sus dulces labios; después salió.

Me quedé allí una hora más; de pronto entró el lacayo y dijo: “Puede irse a casa, Aksenti Ivanovich, el señor ha salido ya.”

No soporto a esos lacayos que se pasan el tiempo ociosos en el vestíbulo y ni siquiera se molestan en saludarme con un gesto de cabeza. Pero eso no es todo: uno de esos tunantes incluso se permitió en una ocasión ofrecirme una toma de rapé, sin ni siquiera levantarse de su silla. ¿No sabe, pues, ese servilón estúpido, que soy funcionario y de origen noble?

Sin embargo, cogí mi sombrero y yo mismo me puse el abrigo, porque esta gente jamás se prestaría a ello, y salí.

Una vez en casa, pasé la mayor parte del tiempo tumbado en la cama. Después, copié algunos versos ciertamente deliciosos:

*Una hora lejos de mi amor,  
una hora que me pareció un año:  
lleno de odio por la vida,  
¿puedo vivir un instante sin ella?*

Creo que son de Pushkin. Al anochecer, bien arropado en mi abrigo, dirigí mis pasos hasta la entrada de la casa de Su Excelencia, y esperé allí largo rato. ¿No saldrá ella en calesa? Me hubiera gustado verla una vez más. Pero no, ella no salió.

### *6 de noviembre*

El jefe del despacho me puso furioso. Cuando llegué al ministerio, me llamó y me habló de este modo: "A ver, dime, por favor, ¿qué pasa contigo? ¿Qué haces? –¿Cómo que qué hago? Yo no hago nada, le respondí.

– Piénsalo bien. Tienes más de cuarenta años: ya es hora de que entres en razón. ¿Qué te crees tú? ¿O es que crees que no conozco tus andanzas? Ahí es nada. Andas tras la hija del director. ¡Pero mírate! ¡Piensa un poco en lo que eres! No eres nadie, una nulidad nada más. No tienes ni un mísero kopek en el bolsillo. Mírate al espejo. ¿Cómo puedes pensar en algo así?"

¡Que lo parta el diablo! Se cree que por tener esa cara que parece un frasco de boticario y un tupé de pelo rizo –que fija con ayuda de un ungüento de una pomada de rosa–, y porque va siempre con la cabeza muy tiesa, a él todo le está permitido.

Comprendo, sí, comprendo por qué está tan enfa-

dato conmigo. Me tiene envidia; quizá se ha dado cuenta de las muestras de benevolencia –y la mayor consideración– con que a mí me tratan. Pero escupo sobre él. ¡Consejero del Tribunal! ¡Menuda cosa! Cuelga su reloj de una cadena de oro y encarga un par de botas de treinta rublos. ¡Que se lo lleve el diablo! ¿Acaso soy yo un plebeyo cualquiera? ¿Soy hijo de un sastre o un soldado? Yo soy un noble. Y aún más: puedo ascender en el escalafón. Sólo tengo cuarenta y dos años, que es la edad en que una carrera en la administración pública no hace más que empezar. ¡Espera y verás, amigo! También llegaré a coronel, y ¡quién sabe!; quizá aún más alto, con la ayuda de Dios. También gozaré de una casa que tal vez será más bella que la tuya. ¿Por qué se te ha metido en la cabeza que tú eres el único hombre respetable? Si yo vistiese una levita confeccionada a la última moda, y me anudase al cuello una corbata como la tuya, tú no me llegarías ni a la suela de los zapatos. Lo que me falta es dinero: ¡esa es la desgracia!

### *8 de noviembre*

Fui al teatro. Ponían un vodevil: *Filatka, el tonto ruso*. Me reí mucho. Ponían también otro vodevil de lenguaje muy jocoso acerca de unos procuradores, y, en particular, sobre un cierto registrador colegiado, en versos muy atrevidos; incluso me sorprendí de que la censura los hubiese dejado pasar.

Y decía sin ambages de los hombres de negocios que engañaban a la gente y que sus hijos están pervertidos e imitan a las clases altas. También había una parodia muy divertida acerca de los periodistas, en la que se decía que les gusta injuriar a todo el mundo y que el autor le rogaba al público que le defendiese de ellos. Estos autores modernos escriben hoy piezas muy divertidas. Me gusta ir al teatro. Cuando tengo un kopek en el bolsillo, allá voy: me resulta imposible resistirme. Pero, habitualmente, los funcionarios públicos son tan cerdos que no van al teatro, esos patanes, a menos que les regalen las entradas. Había una actriz que cantó muy bien. Me recordó a la otra... ¡Ah! ¡Maldita sea! Nada, nada... ¡Silencio!

### *9 de noviembre*

A las ocho fui al ministerio. El jefe del despacho hizo como si no me hubiese visto entrar. Yo también hice como si nada hubiera pasado entre nosotros. Examiné y compulsé algunos documentos y me marché a las cuatro. Pasé por delante de la casa del director, pero no pude ver a nadie. Después de comer, me pasé la mayor parte del tiempo tendido en la cama.

*11 de noviembre*

Hoy trabajé en el despacho de nuestro director. Le afilé veintitrés plumas; y cuatro para la hija de Su Excelencia. A él le gusta que haya muchas plumas preparadas. ¡Oh! ¡Qué cerebro debe de tener! Siempre está callado, pero imagino que no deja de pensar. Me gustaría saber en qué está pensando, qué es lo que pasa por su cabeza... Me gustaría conocer de cerca la vida de esta gente, sus maquinaciones y adulaciones; cómo son, qué hacen en su ambiente: eso es lo que quisiera conocer.

Más de una vez he pensado entablar conversación con Su Excelencia; pero la lengua no me obedece. ¡Maldita sea! Sólo hablo, para acabar, del tiempo que hace, me resulta imposible decir otra cosa.

Me gustaría echar una ojeada a su salón, donde se ve en ocasiones a través de la puerta entreabierta otra estancia...

¡Ah! ¡Qué mobiliario más suntuoso! ¡Qué espejos, qué porcelanas!

Me gustaría echar una ojeada aún más lejos, a las estancias que ella ocupa... Eso es lo que me hubiera gustado ver. Su tocador, con todos esos jarrones, esos tarros, esas flores, sobre las que ni siquiera nos atreveríamos a respirar, su vestido desplegado, más parecido al céfiro que a un vestido...

Me gustaría echar una ojeada a su dormitorio... Es ahí donde vería, imagino, cosas prodigiosas. Un verdadero paraíso, pienso, como no hay ni en el cielo.

¡Ah! ¡Si pudiese ver ese escabel en el que posa su pequeño pie al salir de la cama, y como calza ese pie con unas medias tan blancas como la escarcha!

¡Ay, ay! Nada... nada... ¡Silencio!

Hoy, sin embargo, ocurrió como una iluminación repentina. Recordé el diálogo de los dos perros que oí en la perspectiva Nevski.

“Pues bien –me dije–, ahora me enteraré de todo. Tendré que hacerme con la correspondencia que han mantenido esos dos perros. Probablemente descubra algo.”

Debo confesar que un día llamé a Medji y le dije: “Escucha, Medji, estamos solos en este momento; si quieres, cerraré la puerta para que nadie pueda vernos. Dime todo lo que sabes de tu señorita: ¿cómo es?, ¿qué hace? Te prometo que no se lo diré a nadie.”

Pero la astuta perrita metió el rabo entre las patas, encogió el cuerpo y salió corriendo hacia la puerta, como si no hubiera oído nada.

Desde hace tiempo sospecho que los perros son mucho más inteligentes que los hombres. Y aún más: estoy convencido de que saben hablar, y si no lo hacen es por pura terquedad. Son políticos consumados: lo observan todo, hasta los menores pasos del hombre. Sí, pase lo que pase, iré mañana a la casa de Zverkov y le haré unas cuantas preguntas a Fidèle; y, de ser posible, me apoderaré de todas las cartas que Medji le escribió.

*12 de noviembre*

A las dos de la tarde salí con intención de ver a Fidèle y hacerle unas cuantas preguntas.

No soporto las coles, cuyo olor se escapa de todas las tiendas de la calle Meschanskaia. Para colmo, además, sale un hedor tan infernal por debajo de los portales de las casas que tuve que taparme la nariz y salir por pies de allí. Asimismo, de los talleres de esos ruines artesanos sale tanto hollín y humo, que un hombre de noble ascendencia no puede pasear por esos lugares.

Una vez que subí al sexto piso y tiré de la campanilla me abrió la puerta una agraciada muchachita, con pequeñas pecas en la cara. La reconocí: era la misma que acompañaba a la vieja dama. Se ruborizó ligeramente, y al punto comprendí: "Tú, paloma mía, lo que necesitas es un novio."

"¿Qué desea usted? –me preguntó. –Quiero hablar con su perra."

La pequeña era tonta.

Enseguida me di cuenta de que era tonta. En ese momento, acudió la perrita ladrando; traté de cogerla, pero el asqueroso animal a punto estuvo de mordirme en la nariz. Sin embargo, pude ver su lecho en un rincón.

¡Ah! Eso era precisamente lo que yo quería.

Me acerqué, revolví la paja que llenaba la canasta y, para mi gran satisfacción, retiré de allí un fajo de pequeños papeles. Al ver eso, la maldita perra me mordió primero en la pierna, y después, cuando advirtió que había cogido sus cartas, se puso a gemir y hacerme arrumacos; pero yo le dije: "No, pequeña mía, adiós", y salí de allí como un tiro.

Supongo que la muchacha me tomó por un loco, porque estaba muy asustada. De regreso a mi casa, no tardé en ponerme a descifrar aquellas cartas, pues a la luz de las velas veo muy mal;

pero a Mavra se le ocurrió entonces fregar el suelo. Estas tontas finlandesas siempre friegan en el momento más inoportuno. Así, pues, no me quedó otra que salir a dar un paseo y reflexionar sobre el asunto.

Ahora, al fin, iba a saberlo todo; conoceré cada resorte y llegaré hasta el fondo de las cosas. Estas cartas me lo revelarán todo. Los perros son seres inteligentes; están al corriente de las relaciones políticas, y no me cabe duda de que hallaré ahí todo lo que concierne a nuestro personaje: su retrato y sus hechos. También daré con algo de aquella a la que... Nada... ¡Silencio!

Volví a casa de anochecida. Pasé casi todo el tiempo en la cama.

### *13 de noviembre*

Bueno. Vamos a ver. La escritura es bastante legible, y, sin embargo, hay algo perruno en la letra. Veamos lo que dice.

“Mi querida Fidèle: todavía no puedo acostumbrarme a ese nombre tan burgués. ¿Es que no pudieron darte otro más bonito? “Fidèle, Rose”, ¡qué vulgaridad! Pero, en fin, dejemos eso... Me alegro de que se nos ocurriera la idea de escribirnos.” Está escrita correctamente. La puntuación y los mismos acentos están en su sitio. Ni el jefe de nuestro despacho sería capaz de escribir así, aunque presuma de haber estu-

diado en alguna universidad. Veamos como sigue:

“Una de las mayores dichas de la vida, me parece, es poder compartir con otros nuestras ideas, sentimientos e impresiones.”

¡Hum! Esa idea está sacada de una obra traducida del alemán. No recuerdo el título.

“Digo esto por mi experiencia, aunque no haya visto el mundo más allá de la puerta de casa. Pero con todo mi vida no carece de comodidades. Mi ama, a quien su papá llama “Sophie”, me quiere con locura...”

¡Ay, ay! Nada, nada... ¡Silencio!

“Papá también me acaricia a menudo. Tomo té y café con leche. ¡Ah!, *ma chère*, debo decirte que no veo nada agradable en esos enormes huesos que nuestro Polkan roe en la cocina. A mí, los únicos huesos que me gustan son los que proceden de la caza, y sólo cuando nadie les ha sorbido la médula todavía. Lo que está muy bueno es la mezcla de distintas salsas, siempre que no contengan alcaparras ni verdura. Pero creo que no hay nada peor que esa costumbre de darle a los perros bolitas de pan. Algún señor sentado a la mesa, que ha estado tocando con las manos todas clase de porquerías, se pone con esas mismas manos a hacer bolitas de pan, después te llama y te las mete entre los dientes: como no parece educado rechazarlas, tienes que comértelas, con asco; pero te las comes.”

¡A saber qué diablos es esto! ¡Qué estupideces! Como si no hubiera cosas más interesantes que decir. Echemos un vistazo a la página siguiente: quizá haya algo más serio.

"... Tendré mucho gusto en informarte de lo que pasa aquí. Ya te he hablado del personaje principal a quien Sophie llama "papá". Es un hombre muy extraño..."

¡Ah! Por fin. Ya lo sabía: lo consideran todo desde un punto de vista político. Veamos qué dice del papá.

"... Un hombre muy extraño. Por lo común no dice nada; habla muy raramente. Pero la semana pasada no dejó de hablar consigo mismo a todas horas: "¿Me la concederán o no me la concederán?" Cogía un trozo de papel en una mano, y, cerrando la otra vacía, murmuraba: "Me la concederán o no me la concederán?..." En una ocasión se volvió a mí y preguntó: "Tú que crees, Medji, ¿me la concederán o no?" Y como yo no comprendí absolutamente nada, olisqueé sus botas y me alejé. Una semana más tarde, *ma chère*, papá volvió a casa completamente feliz. Durante toda la mañana recibió a unos caballeros en uniforme que le felicitaban por no sé qué. A la mesa, estuvo tan alegre como jamás le había visto, y se puso a contar chistes. Tras la comida, me levantó a la altura de su cuello y dijo: "Mira, Medji, ¿qué es esto?" Vi una pequeña cinta. Me puse a oliscarla, pero no desprendía ningún olor. Para acabar, la lamí ligeramente; estaba un poco salada..."

¡Hum! Creo que esta perrita se permite... ¡debería probar el zurriago! ¡Ah! ¡Así que es ambicioso! No está de más saberlo.

"Adiós, *ma chère*. Me doy prisa en marcharme de aquí, etc..., etc... Terminaré la carta mañana. –Pues bien, buenos días. De nuevo estoy contigo. Hoy, la señorita Sophie..."

¡Ah! Veamos un poco qué hace Sophie. ¡Bah! Nada... nada... Continuemos.

“La señorita Sophie estaba muy excitada. Se preparaba para ir a un baile, y por mi parte yo me sentía contentísima porque así podría escribirte en su ausencia. Mi Sophie siempre está feliz cuando va al baile, aunque a menudo se enoja en el momento de vestirse. No puedo comprender por qué la gente se viste. ¿Por qué no saldrán como nosotros, por ejemplo? Es cómodo y sencillo. Tampoco comprendo, *ma chère*, el placer que encuentran en ir al baile. Sophie regresa de ellos a las seis de la mañana, y deduzco casi siempre por su aspecto pálido y demacrado que a la pobre no le dieron de comer. Confieso que yo sería totalmente incapaz de vivir así. Si me privasen de mi guiso de perdiz o de alas de pollo, yo... yo no sé lo que me ocurriría. La salsa de trigo también es excelente; en cuanto a las zanahorias, nabos y alcachofas, eso no es aconsejable de ninguna manera.”

El estilo es muy desigual. Enseguida nos damos cuenta que esas cartas no son de un ser humano: la cosa empieza bien, y después acaba de un modo perruno. Veamos aún otra carta. ¡Oh, oh! Esta es un poco larga. ¡Hum! Y no lleva fecha.

“¡Ah, *ma chère*, cómo se nota que se acerca la primavera! Mi corazón late como si esperase a alguien. Siento como un zumbido continuo en los oídos, de modo que a veces me quedo algunos minutos escuchando cerca de la puerta, con una pata levantada. Debo confesarte que tengo varios pretendientes. Asomada a la ventana, suelo mirarlos con frecuencia. ¡Oh! Si vieras lo feos que son algunos de ellos. Ese perro callejero, por ejemplo:

un perro zafio y terriblemente estúpido; con la estupidez pintada en la cara. Pasa por la calle con aire engreído y se imagina que es un personaje muy importante; cree que su presencia despierta la admiración de todo el mundo. Pero nada de eso. Yo no le hago ni el menor caso, y finjo que no le he visto." Y si vieras el atroz dogo que se aposta ante mi ventana. Si se levantase sobre sus cuartos traseros, aunque dudo que ese vulgar personaje sepa hacerlo, sobrepasaría en una cabeza al papá de mi Sophie, que es también muy alto y robusto. Probablemente ese imbécil es insolente a más no poder. Le gruñí, pero no quiso darse por enterado. No conseguí nada. Con la lengua colgando y sus enormes orejas gachas, miraba a la ventana. ¡Un patán! ¿Pero te imaginas tú, querida mía, que mi corazón acoge con indiferencia a todos los pretendientes? Oh, no... ¡Si tú vieras a uno de mis adoradores que saltó la empalizada de la casa vecina y que se llama Trésor!... ¡Ay, *ma chère*!... ¡qué morro más delicioso el suyo!"

¡Al diablo! ¡Eso son estupideces! ¿Cómo se puede llenar una carta con tantas bobadas? ¡Quiero ver al hombre! Quiero conocer al hombre. Deseo algo que me sirva de alimento espiritual y sacie y regocije mi alma, y, en vez de eso, tengo que tragarme estas majaderías... Volvamos la página; quizá ahí se digan cosas más interesantes.

"Sophie estaba sentada a un velador y cosía algo. Yo miraba por la ventana, pues me gusta ver a los transeúntes. Súbitamente entró el criado y anunció: "El señor Tieplov. –Hazle pasar", exclamó Sophie, luego se acercó a mí y comenzó a abrazarme. "¡Ah! ¡Medji, Medji! Si supieras que es un

joven moreno, gentilhomme de cámara, y de ojos negros como la ágata.” Y entonces Sophie salió disparada a su habitación. Un minuto después entró un joven gentilhomme de cámara, de negras patillas. Se acercó al espejo, atusó sus cabellos y echó un vistazo a la pieza. Yo gruñí un poco y volví a mi lugar de costumbre. Sophie regresó pronto y le dijo alegremente buenos días en respuesta a su profundo saludo. Mientras que yo hice como si no me diera cuenta de nada, y seguí mirando por la ventana. Sin embargo, ladeé un poco la cabeza esforzándome para oír de qué hablaban. ¡Ay, *ma chère*, cuántas tonterías se estaban diciendo! Comentaban de una dama que, en el baile, en vez de una figura bailó otra; de un tal Bobov que, con su pavoneo, se parecía mucho a una cigüeña y poco le faltó para darse de narices en el suelo, y que una tal Lidina pretende tener ojos azules cuando en realidad son verdes, y cosas por el estilo... “Podríamos comparar al gentilhomme de cámara con Trésor –me decía yo–. ¡Cielos! ¡Qué diferencia! En primer lugar, el gentilhomme de cámara tiene una cara completamente lisa enmarcada por unas patillas, como si la tuviese anudada alrededor con un pañuelo negro; en tanto que Trésor tiene un morrito pequeño, y, justo en medio de la frente, una mancha blanca. No, no hay comparación posible entre la figura de Trésor y la del gentilhomme de cámara. Y los ojos, las maneras y los modales son también muy distintos. ¡Oh! ¡Qué enorme diferencia! No sé qué ha podido ver en su Tieplov. ¿Por qué le admirará tanto?”

Me parece que en esto hay algo que no está nada claro. No puede ser que el tal Tieplov haya podido fascinarla así. Sigamos leyendo.

“Si puede gustarle ese gentilhomme, entonces me parece que ese funcionario que trabaja en el despacho de papá puede también acabar por gustarle un buen día. ¡Ah, *ma chère*, si vieras lo feo que es! ¡Parece una tortuga en un saco!...”

¿A quién puede referirse?...

“Su nombre es muy raro. Está siempre sentado afilando las plumas de ave. Su pelo parece de paja. Papá lo manda a veces a hacer algún recado como a un doméstico...”

Me da la impresión de que esta maldita perra se refiere a mí. No sé de dónde sacará eso de que mi pelo parece paja...

“Sophie no puede evitar reírse cada vez que le ve.”

¡Mientes, maldita perra! ¡Qué lengua más viperina! ¡Como si yo no supiese que todo eso es pura envidia! ¡Como si no conociera al autor de tales infundios! Sí, se trata del jefe de mi despacho. Ese hombre me ha jurado un odio irreconciliable, y me perjudica, me perjudica a cada paso... Pero veamos aún otra carta; quizá todo se explique por sí mismo.

“Mi querida Fidèle, discúlpame por no haberte escrito en tanto tiempo. He vivido en una beatitud perfecta. El amor es una segunda vida, como dijo tan cabalmente un escritor. Además, en nuestro hogar se produjeron grandes cambios. El gentilhomme de cámara viene todos los días a casa. Sophie lo ama con locura. Papá está muy feliz. Incluso he oído decir a nuestro Grigori —el que barre los suelos sin dejar de hablar consigo

mismo—, que pronto habrá boda, porque papá quiere a toda costa que su hija se case con un general, o un gentilhombre de cámara o un coronel del ejército...”

¡Que los parta el diablo! Ya no puedo más... Gentilhombre de cámara, general: ¡la suerte es sólo para ellos! Todo lo mejor de este mundo cae siempre en manos de un gentilhombre o un general. Si tropiezas con una exigua fortuna, tan pronto como alargas la mano para hacerte con ella, llega un gentilhombre o un general y acaba por arrebátártela. ¡Maldita sea! Yo también quisiera ser general, y no para conseguir su mano y todo lo demás... No, quisiera ser general sólo para ver cómo se pondrían a bailar en torno a mí, sacando a relucir sus zalamerías, adulaciones y reverencias cortesanas, y entonces yo podría decirles...” Os voy a escupir en la cara” ¡Que se los lleve el diablo! ¡Es desolador! Acabé haciendo trizas de las cartas de esa estúpida perra.

### *3 de diciembre*

¡No puede ser! ¡Eso son mentiras! La boda no tendrá lugar. ¿Qué importancia tiene que sea un gentilhombre de cámara? Al fin y al cabo eso no representa más que un puesto en el escalafón; no es algo que se pueda ver y coger con la mano. No por ser un gentilhombre de cámara tiene un tercer ojo en la cabeza, ¿no es así? Tampoco su nariz es

de oro, ¿no es verdad? Es como la mía, como la de todo el mundo; él huele con su nariz, no come con ella; estornuda, y no tose con ella.

Ya alguna vez he intentado desentrañar de dónde proceden esas diferencias... ¿Por qué soy yo un consejero titular? ¿Qué sentido tiene eso? Tal vez yo no sea ningún consejero titular. Quizá sea un conde o un general, y por alguna razón sólo parezca un consejero titular. Puede ser que ni yo mismo sepa quién soy.

¡Se han dado tantos casos en la historia! Un hombre cualquiera, no ya un noble, sino sencillamente un pequeñoburgués o un campesino... de pronto resulta que es un gran personaje o a veces incluso un rey. Si eso puede ocurrirle a un campesino, ¿qué no podrá llegar a ocurrirle a un noble?

Imaginemos, por ejemplo, que me presento de improviso en casa de nuestro director, en uniforme de general; en mis hombros lucen charreteras y una banda azul a través del pecho... Y bien, ¿qué cantará entonces nuestra bella jovencita? ¿Qué dirá entonces su papá, nuestro director? ¡Oh! ¡Por supuesto que es un hombre ambicioso! Es un masón, no cabe duda de que es masón; aunque finja ser esto o aquello, me di cuenta inmediatamente de que era masón. Si le da la mano a alguien, le ofrece sólo dos dedos. ¿Acaso no podría yo ser nombrado gobernador general, o intendente o algo por el estilo? Quisiera saber por qué yo soy consejero titular. ¿Por qué precisamente consejero titular?

### 5 de diciembre

Hoy he pasado toda la mañana leyendo los periódicos. Ocurren cosas muy extrañas en España... No veo claro todo lo que allí se trama. Dicen que el trono está vacante, que los gobernantes se encuentran con dificultades para elegir a un heredero, y que esa es la causa de las insurrecciones que han estallado. Eso me parece muy extraño... ¿Cómo puede estar vacante el trono? Dicen que una tal *doña* debería subir al trono. Pero una *doña* no puede subir al trono. No, eso es de todo punto imposible. El trono debe ser ocupado por un rey. "Pero –dicen–, no hay un rey." Es imposible que no haya un rey. Un reino no puede existir sin un rey. Hay un rey, pero sin duda está oculto en algún lugar. Hasta puede que esté en la misma España, pero quizá ciertas razones de familia, o el miedo a un ataque de los países vecinos –como Francia y otras potencias–, lo obligan a ocultarse; o tal vez existan otros motivos.

### 8 de diciembre

Me proponía ir al ministerio, pero ciertas razones y consideraciones me lo impidieron. No puedo dejar de pensar en los asuntos de España. ¿Cómo es posible que una *doña* pueda ser reina? No lo permitirán. Y creo que Inglaterra será la primera en no permitirlo. Además, está la política de toda

Europa, el emperador de Austria, y nuestro zar... Debo reconocer que estos acontecimientos me han anonadado y turbado hasta tal punto que, verdaderamente, no pude ocuparme de nada en todo el día. Mavra señaló que estaba muy distraído en la mesa. Y, en efecto, creo que en mi distracción se me cayeron dos platos al suelo, que se hicieron añicos.

Después de comer, salí a dar un paseo hasta la ladera de las montañas, pero no saqué ningún provecho de esa caminata.

Paso la mayor parte del tiempo en la cama, pensando en los asuntos de España.

### *43 de abril; año 2000*

Hoy es un día grande. España ya tiene un rey. Al fin le han encontrado. Y ese rey, soy yo.

Lo supe esta misma mañana. Debo confesar que esa revelación fue como un relámpago. No entiendo cómo pude creer e imaginar que yo era consejero titular.

¿Cómo pudo metérseme en la cabeza tan extravagante idea? Y suerte de que nadie me haya encerrado en un manicomio. Ahora, todo me resulta claro. Lo veo como en la palma de la mano. Pero hasta este momento, no sé por qué, todo me parecía envuelto en una especie de bruma.

Y eso sucede, supongo, porque creemos que el cerebro está en la cabeza. Pero no es así: nos lo trae el viento que sopla del mar Caspio.

En primer lugar, le dije a Mavra quién era yo. Cuando le dije que el rey de España estaba ante ella, alzó los brazos y casi se muere de miedo: la tonta no había visto nunca un rey de España.

Sin embargo, procuré tranquilizarla, asegurándole con palabras amables mi buena disposición hacia ella, y añadiendo que en modo alguno estaba enfadado porque a veces no me limpie bien las botas. Pues se trata de gente de poca educación, y no podemos hablarle de cosas elevadas.

Se asustó, porque está convencida de que todos los reyes de España son como Felipe II... Pero le hice comprender que no existe el menor parecido entre Felipe II y yo, y que yo ni siquiera tengo a un fraile capuchino entre mi séquito.

No fui al ministerio. ¡Que se lo lleve el diablo! No, amigos míos, ahora ya no podéis engatusarme para que vuelva ahí, ¡no volveré a copiar vuestros infames documentos!

*86 de marzubre,  
entre día y noche*

Hoy recibí la visita de nuestro ujier que vino a decirme que volviese al ministerio: pues hace ya más de tres semanas que no aparezco por allí.

Pero la gente es injusta: calcula el tiempo por semanas. Son los judíos los que han introducido esa idea, ya que su rabino se lava durante ese tiempo.

No obstante, como si se tratase de una broma, fui al ministerio. El jefe de despacho creyó que iba a saludarle y pedirle disculpas, pero le miré con aire indiferente, sin ira, pero también sin benevolencia, y me senté en mi sitio como si nada hubiera pasado.

Recorrí con la mirada a la canalla administrativa y pensé: "¡Si supieseis quien está entre vosotros! ¡Dios santo! ¡Qué zurriburri se armaría! Y, además, hasta el jefe de despacho me saludaría con una profunda reverencia, como ahora saluda al director." Me pasaron unos documentos, a fin de que hiciese un resumen. Pero ni siquiera los toqué.

Unos minutos después todo el mundo andaba alborotado; anunciaron al director. Muchos funcionarios se dispusieron a cada cual mejor ante él para hacerse notar; pero yo, no me moví. Cuando cruzó nuestro despacho, todos ellos se abotonaron sus uniformes; pero yo no hice ni un gesto.

¿Un director? ¿Acaso voy a ponerme a temblar ante él? ¡Jamás! ¡Vaya director! Ese es sólo un tapón común y corriente, nada más, como los que se ponen en las botellas.

Lo más gracioso fue cuando me pasaron un documento para que lo firmara. Pensaban que al pie de ese papel escribiría: Consejero titular fulano de tal. ¡Eso creían! Pero en el lugar más visible de la página, donde firma nuestro director, puse "Fernando VIII".

Había que ver el respetuoso silencio que siguió. Pero me contenté con hacer un gesto con la mano y dije: "Nada de muestras de pleitesía, no es necesario", y salí.

De allí me fui derecho al domicilio del director. Pero no estaba en casa. El doméstico no quería dejarme entrar, pero le dije tales cosas que se quedó de una pieza. Entonces me dirigí al tocador de ella. Estaba sentada ante el espejo; al verme se levantó súbitamente y dio un paso atrás. Sin embargo no le dije que era el rey de España. Sólo le dije que le esperaba una felicidad que ni siquiera podía imaginarse, y que, a pesar de las intrigas de nuestros enemigos, acabaríamos uniéndonos. No quise decir nada más y salí.

¡Oh, la mujer! ¡Qué criatura tan pérfida! Sólo ahora descubría lo que era la mujer. Hasta este momento nadie ha sabido de quién está enamorada la mujer: yo soy el primero en descubrirlo. La mujer está enamorada del diablo. No, no se trata de ninguna broma.

Los hombres de ciencia no escriben más que tonterías cuando dicen que ella es esto o aquello: pero ella sólo ama al diablo.

Veda como, desde uno de los primeros palcos, enfoca sus impertinentes. ¿Creéis que mira a ese hombre gordo cubierto de condecoraciones? Pues no, en modo alguno: mira al diablo que está de pie detrás de él. Miradlo ahí, escondido entre los pliegues de su frac. Miradlo ahí, haciéndole señas. Y se casará con él; os aseguro que se casará con él.

Y toda esa gente, esos padres tan serios que adulan a todo el mundo y que acaban metiéndose de rondón en la corte, y dicen que son patriotas y que si esto y lo otro: ¡lucro!, es el lucro lo que buscan todos esos patriotas. Esos Judas, esos ambiciosos venderían por dinero a su padre, a su madre y al mismo Dios. Eso es ambición; y esa ambición pro-

viene de un grano que tienen bajo la lengua, y en él un gusanillo que no es más grande que una cabeza de alfiler, causado todo ello por cierto barbero que vive en la calle Gorojovaia. No recuerdo ahora su nombre, pero sé de buena tinta que, en conjura con una comadrona, está tratando de propagar el mahometismo por todo el mundo. A eso se debe el que la mayoría del pueblo francés haya adoptado, dicen, la religión mahometana.

*Sin fecha  
El día no tiene fecha*

Me paseé de incógnito por la perspectiva Nevski. El Zar pasó en su carruaje. Todo el mundo se descubrió, y yo hice lo mismo. No obstante, me guardé mucho de darme a conocer como el rey de España.

Me pareció que no era conveniente revelar así, ante todo el mundo, quién era yo, porque en primer lugar lo más importante es ser presentado en la corte. Lo único que aún me impedía hacerlo era la carencia de un uniforme español. ¡Si al menos pudiese hacerme con un manto real! En un primer momento pensé en encargárselo a un sastre; pero son todos unos asnos. Además, descuidan completamente su trabajo y se entregan a la especulación por lo que acaban —la mayoría de ellos— empedrando las calles.

Así las cosas, resolví transformar en manto real mi nuevo uniforme, que sólo puse dos veces. Pero

para que esos canallas no lo estropeen, he decidido hacérmelo yo mismo, procurando cerrar la puerta con llave para que nadie me vea. Lo corté todo con las tijeras, porque la forma debe ser muy diferente.

*No recuerdo la fecha  
tampoco hay mes  
el diablo sabrá lo que pasa*

El manto real ya está listo y cosido. Mavra lanzó un grito cuando me lo vio puesto. Sin embargo, todavía no me decido a presentarme en la corte: pues aún está por llegar la delegación española. No sería bien visto que me presentara sin mi delegación: y eso socavaría mi dignidad. La espero de un momento a otro.

*El día 1º*

Me sorprende mucho la tardanza de la delegación. ¿Qué razones pueden retenerla? ¿Será acaso Francia? Sí, es el país que nos es más hostil. Fui a informarme a correos para saber si habían llegado los delegados españoles. Pero el administrador de correos es completamente estúpido: no sabe nada. "No, me dijo, aquí no hay delegados españoles; pero si quiere escribir una carta, le daremos curso conforme a las tarifas en vigor."

¡Que lo parta el diablo! ¿A cuento de qué una carta? ¡Todo eso no son más que tonterías! Hasta los boticarios escriben cartas...

*Madrid, 30 de februar*

Pues bien, ya estoy en España; y todo ocurrió tan de prisa que apenas puedo creerlo.

Esta mañana llegaron los delegados españoles y partí con ellos en carroza. Me pareció extraña la rapidez de nuestro viaje. Viajamos tan rápido que en media hora alcanzamos la frontera española.

Por lo demás, ahora hay ferrocarriles por toda Europa y los barcos devoran millas náuticas como si nada.

¡Qué extraño país es España! Cuando entramos en la primera sala, vi a muchos hombres con el cráneo rapado. Sin embargo, intuí debido a eso que debían de ser grandes de España o soldados, porque estos se rapan la cabeza. Me pareció muy extraña la manera de actuar del canciller de Estado, que me llevaba de la mano. Me metió de un empujón a un pequeño cuarto y dijo: "Quédate ahí, y si sigues empeñado en llamarte Fernando VIII, yo sabré cómo disuadirte para quitarte esa manía."

Pero al darme cuenta de que me estaba poniendo a prueba, respondí negativamente; y entonces el canciller me dio dos bastonazos en la espalda con tanta fuerza que poco me faltó para gritar; pero me contuve, recordando que ésta es una costumbre de los caballeros cuando acceden a un alto

honor; pues las costumbres de la caballería aún hoy subsisten en España.

Una vez solo, resolví ocuparme de los asuntos de Estado.

Descubrí que China y España son el mismo país, y que sólo por ignorancia son considerados como países diferentes. Recomiendo a todo el mundo que escriba "España" en un trozo de papel y verán que se lee "China".

Pero estoy muy preocupado por un acontecimiento que tendrá lugar mañana. Mañana, a las siete horas, se producirá un extraño acontecimiento: la tierra se posará encima de la luna. El célebre químico inglés Wellington ya escribió acerca de ello.

Debo confesar que sentí una cruel inquietud cuando pensé en la extrema delicadeza y fragilidad de la luna. Pues la luna, en general, la fabrican en Hamburgo, y además muy mal... Me sorprende que Inglaterra no le preste atención a eso. La luna la hace un tonelero patizambo, y, como podemos ver, ese imbécil no tiene ni zorra idea de la luna.

Puso en ella un cordaje alquitranado y aceite de madera; de ahí ese terrible hedor que invade la tierra y que nos obliga a taparnos la nariz. Y también por eso la luna es una esfera tan delicada en la que no puede vivir el hombre, y ahora está habitada únicamente por narices. Por ese motivo nosotros no podemos ver nuestras propias narices, porque todas ellas están en la luna.

Y cuando pensé que la tierra es un cuerpo duro y que al posarse en la luna podía aplastarnos las narices, me asaltó tal inquietud que, poniéndome los calcetines y los zapatos, me apresuré al salón

del Consejo Imperial para ordenar a la policía que no permitiera a la tierra sentarse en la luna.

Los grandes de España de cráneo rapado que encontré en gran número en el salón del Consejo, eran individuos muy inteligentes, y cuando dije: “Caballeros, salvemos la luna, porque la tierra tiene la pretensión de sentarse en ella”, todos se apresuraron a ejecutar mi voluntad real, y algunos de ellos se subieron a las paredes para tratar de llegar a la luna. Pero en ese momento entró el gran canciller, y, al verle, todos salieron corriendo. Yo, como rey, permanecí allí solo. Pero, para sorpresa mía, el canciller me golpeó con su bastón y me hizo volver a mi cuarto. ¡Tal es en España la fuerza de las costumbres tradicionales!

*Enero del mismo año  
que sigue a febrero*

Hasta ahora no logro comprender a este país que se llama España. Las tradiciones populares y las reglas de etiqueta de la corte son verdaderamente extraordinarias. No lo comprendo, no lo comprendo, sencillamente no comprendo nada. Hoy –cuando rapaban mi cabeza– clamé con todas mis fuerzas que no quería ser monje. Pero ni siquiera recuerdo lo sucedido después cuando me echaron agua fría en la cabeza. Jamás padecí sufrimientos tan infernales. Estuve al borde de la desesperación, tanto es así que tuvieron que emplearse a fondo para sujetarme.

No alcanzo a comprender el significado de esta extraña costumbre. Una costumbre, por lo demás, estúpida e insensata. Me asombra tanta aberración en los reyes que hasta ahora aún no la han abolido.

A juzgar por las apariencias, me pregunto si no habré caído en manos de la Inquisición, y si ese individuo al que tomé por canciller no será el Gran Inquisidor. Aunque no logro comprender cómo un rey puede ser sometido a las torturas de la Inquisición. Pero quizá todo se deba a la influencia de Francia, y sobre todo de Polignac. ¡Oh, ese canalla de Polignac! Ha jurado no darme tregua hasta la muerte. Y me persigue, no deja de perseguirme con encono y obcecación. Pero sé muy bien, amigo mío, que tú no eres más que un instrumento de Inglaterra. Los ingleses son intrigantes a más no poder. Se meten en todo. Y ya todo el mundo sabe que cuando Inglaterra toma rapé, Francia estornuda.

### *El 25*

Hoy el Gran Inquisidor vino otra vez a mi cuarto, pero cuando oí el eco de sus pasos me oculté debajo de una silla. Al no verme, empezó a llamarme. Primero gritó: "¡Poprischin!" Pero yo me hice el sordo, después dijo: "¡Aksenti Ivanovich, consejero titular, gentilhomme!" Seguí callado. "¡Fernando VIII, rey de España!" Estaba a punto de asomarme cuando pensé: "Ah, no, amigo

mío, tú no me cogerás tan fácilmente. Te conozco. Quieres echarme otra vez agua por la cabeza.”

Pero me vio, y, a bastonazos, acabó por hacerme salir de mi madriguera bajo la silla. Aquel maldito bastón dolía terriblemente. Por lo demás, fui resarcido de todo eso por un descubrimiento que hice hoy: he sabido que todo gallo tiene su España, pero la tiene debajo de las plumas, no lejos de su cola.

No obstante, el Gran Inquisidor salió de allí, echo una furia, amenazándome con no sé qué castigo. Pero yo desprecio su impotente rabia, sabiendo muy bien que sólo actúa como una máquina, como el instrumento de Inglaterra.

### *Nu 34 mero Mc año, febrero 349*

No, ya no tengo fuerzas para soportar esto más tiempo. ¡Oh!, Dios mío, ¿qué hacen conmigo? Me echan agua fría por la cabeza. No me escuchan, no me ven, no me oyen. ¿Qué les hice yo? ¿Por qué me atormentan? ¿Qué quieren de mí, desdichado como soy? ¿Que puedo yo darles? No tengo nada. No tengo fuerzas, no puedo soportar estas torturas. Mi cabeza arde, y todo gira a mi alrededor. ¡Salvadme! ¡Llevadme de aquí! ¡Dadme caballos tan veloces como el viento! ¡Sube a tu asiento, cochero!, ¡sonad cascabeles!, ¡salid volando caballos, y llevadme fuera de este mundo! ¡Muy lejos, muy lejos, donde nada se vea, nada! Ahora el cielo se despliega ante mí, una estrella brilla en la leja-

nía; pasa un bosque con sus árboles oscuros y la luna; bajo mis pies se extiende una grísea bruma; una cuerda vibra en la niebla; a un lado, el mar; al otro, Italia; se ven ya las isbas rusas. ¿Es mi hogar lo que se ve a lo lejos? ¿Es mi madre la que está sentada ante la ventana? ¡Madre salva a tu pobre hijo! ¡Derrama una lágrima sobre su pobre cabeza enferma! ¡Mira cómo le torturan! ¡Abraza a tu pobre huérfano contra tu pecho! ¡No hay otro sitio para él en este mundo! ¡Lo persiguen! ¡Madre, apiádate de tu hijo enfermo!...  
¿Sabéis que el dey de Argel tiene un grano justamente debajo de la nariz?



Con el *ciclo petersburgués*, Gógol, renunciando al exótico encanto de la lejana Ucrania de antaño, aborda por primera vez la realidad que le rodea, es decir un universo que, al mismo tiempo, le resulta familiar y presente al lector, literaria y literalmente hablando. En esta ocasión explota una moda: la temática urbana. Y una vez más su acercamiento es experimental. Cada uno de estos relatos constituye en efecto un modelo formal diferente, aunque estén enlazados por una unidad temática –la del medio específico–, a la vez ruso y contemporáneo, que cada uno dibuja a su manera.

El *Diario de un loco* –extraído del libro *Relatos de Petersburgo*– como en los mejores textos de Gógol, es un discurso improvisado, alimentado por la euforia del lenguaje, penetrado de ambivalencia y obsesionado por la proximidad de un sentido convencional, “realista”. Si el loco de Gógol es indudablemente víctima de la burocracia y la prensa petersburguesas, es porque representa la quintaesencia del funcionario y el lector ideal de filisteos periodistas como Bulgarin y Senkovski. El personaje se rebela, no contra la jerarquía, sino contra el lugar subalterno que ocupa en ella, y finalmente no puede encontrar un blanco más eficaz que su propio *yo*. Es por lo que suscita una simpatía real, aunque equívoca: real en razón de su desdicha tan humana, pero equívoca a causa de la banalidad de sus aspiraciones. Y es ahí donde reside la profunda originalidad de este relato. Esa misteriosa aptitud para conferir una dignidad artística a fenómenos triviales y despojados de sentido es la marca de las obras de la madurez de Gógol, y la clave de su rol mayor en la historia de la literatura rusa.